



Premio
León de Greiff
al mérito literario

—POESÍA—

Precipicio sin bordes

—ANTOLOGÍA PERSONAL—

Juan Calzadilla



PATROCINAN



ORGANIZAN



Calzadilla, Juan, 1931-

Precipicio sin bordes: antología personal / Juan Calzadilla. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

86p.; 24 cm.

Premio León de Greiff al mérito literario, 2016

ISBN 978-958-720-371-4

1. Poesía venezolana. I. Roca, Juan Manuel, 1946-, pról. II. Tít.

V861 cd 21 ed.

C171

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría
Villegas

Precipicio sin bordes

–Antología personal–

Primera edición: septiembre de 2016

© Juan Calzadilla

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No.7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-371-4

Edición: Marcel René Gutiérrez y Felipe Restrepo David

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Puñal*, Juan Calzadilla

Fotografía de solapa: Guillermo Colmenares

Prohibida la reproducción total o parcial del texto y de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Un precipicio sin bordes¹

Uno supondría que Juan Calzadilla desde niño ha sido, con puridad y obstinación, un iconoclasta. Esa condición humana, sin duda natural, ha marcado para siempre su andadura por el mundo y por la poesía, que también es, y de qué manera, mundo.

De esas cabeceras iconoclastas y desde su puerto de salida a la vida en Santa Gracia de Orituco, en una Venezuela rural y bucólica, viene, podría decirse, todo su arsenal poético y ensayístico, toda la cantera de dudas que lo asaltan, como si desde siempre hubiera sabido que lo propio del poema está en el territorio de las dudas y raras veces en el campo de las grandes certezas.

Hace mucho que Juan le sigue un prontuario a la realidad. Que le lleva sus cuentas y le espeta sus miserias, entre las que se cuentan la belleza calcárea y hueca de los falsos poetas, los torreones de marfil y los buenos modales.

Lo imagino en un juicio imaginario seguido a las imposiciones estéticas, haciendo el papel para nada solemne de testigo, fundamentado en la duda.

—Que pase el reo —dirá la crítica bizarra en el proceso, y entrará alguien con un lirio en la mano, impostando la voz y soltando su lirismo.

El pastor de dudas que es nuestro poeta podrá dudar de la autenticidad de la flor, al comprobar que viniendo de la guerra no llegue envuelta en gasas. Pero si la audiencia espera un crudo veredicto, el poeta preferirá pedir que se deje

¹ El presente prólogo es una prolongación, una versión actualizada del escrito para el libro *Poesía por mandato, antología personal (1978-2012)*, de Juan Calzadilla, publicado por Monte Ávila Editores, Caracas, en 2014.

libre al acusado de amanerar la realidad. Todo por no querer convertir la duda en certeza, en tótem el tabú.

Juan Calzadilla es dueño de un carácter libertario, de un talante contestatario que sin grandes alardes lo hacen singular. Su paso por El Techo de la Ballena, el grupo de creadores venezolanos que batalló contra la modorra intelectual y la dictadura militar de su país en la década de los sesenta, su feroz independencia crítica, sus permanentes y agudas reflexiones sobre el hecho poético –véase su *Libro de las poéticas*–, lo han convertido en una pieza de difícil acomodo en el mapa de la poesía latinoamericana.

Como crítico y teórico de las formas simbólicas, como avanzado en las artes plásticas, Calzadilla lleva a extremos de reflexión y de agudeza lo que en otros se queda en la mirada puramente historicista o sociológica. Y se burla. Se burla de las bisuterías estéticas, esas que enfila contra los Dalís de turno, falsificadores de sí mismos en uno de sus certeros epigramas.

Hace décadas conozco su poesía insumisa. Y doy fe de que sigue siendo el mismo desde su tornadiza y aguda mirada: un hombre díscolo y fiel a sus demonios interiores, un generoso animador de los jóvenes, su amigo, alguien que traduce sus voces interiores en un humor disolvente. Alguien que sabe, como el poeta cachorro, “a dónde no va, puesto que su meta es la inmensidad”. Alguien que nos entrega como al descuido, como quien no quiere la cosa, una interrogación, una paradoja.

Que esta antología personal preparada para recibir el Premio León de Greiff lleve el título mordaz de *Precipicio sin bordes* es más que una paradoja, es un señalar lo que muchos sentimos y quizás no hayamos concluido de manera tan aguda: vivimos en un precipicio sin orillas.

Es rara en nuestra lengua actual una poesía que reflexione en imágenes de manera más clara y certera. Y que nos

muestre en un espejo nuestra desnudez moral frente a los márgenes sociales como lo hace en su inquietante poema “Prólogo de los basureros”, escrito como un Job contemporáneo incrustado en nuestras lacras colectivas. Estamos, nos dice en otro poema, “para protagonizar grandes sucesos/ así sea una catástrofe mayúscula/ y salir en primera plana en los medios”.

Sorprende, por ejemplo, cómo el poeta entrelaza la chatura cotidiana con paisajes de desabridas gasolineras y neumáticos y lonjas de jamón y periódicos viejos de tierra caliente, y lo haga como un justo pretexto para hablarnos del glorioso manco Blaise Cendrars.

Un humor soterrado (véase “El primer aviso”) nos habla de la historia, de esa sucesión de horrores atemperados por la siempre bienvenida ironía.

Calzadilla parece a cada trance preguntarnos: ¿y si la poesía solo fuera aquello que retrasa un poco, un poquito, la muerte? ¿Si solamente fuera una manera de ayudarnos a habitar el laberinto en el que él, como buen lector de formas y palabras, aprende lecciones en los muros?

Y es bueno, muy bueno, que nos invite a preguntarnos “si las palabras reconocen/ tan bien como el pan su sitio en la mesa”.

Juan Manuel Roca

